

Alianza, Cruz, Cáliz

Si consideramos el ministerio de la **Alianza** como lo central de nuestra actividad, nuestro enfoque y aportación especial a la misión de la Iglesia giraría en torno a dos cosas: la formación de comunidades y la comunicación. En los ministerios eclesiales nuestro sello consistiría en crear los vínculos que consolidan la comunidad. Nuestro interés será superar el aislamiento en que se encuentran tantas personas y al que el individualismo de nuestra cultura nos hace particularmente propensos. Ayudaríamos a la gente a descubrir su identidad en su relación con Dios y con los otros. Ayudándola a superar los obstáculos de la comunicación para que puedan manifestar total y libremente la realidad que viven.

Nuestra motivación es la Alianza, nueva y eterna, en la que nos introdujo la sangre derramada de Cristo. Gaspar vio este ministerio como un ministerio de renovación, que debería facilitarnos una conciencia renovada de nuestra relación con Dios y del gran amor de Dios hacia nosotros. El derramamiento de la sangre de Cristo nos revela, a la vez, el gran amor que es la fuente de una vida con sentido, y la violencia y la muerte que constantemente la amenazan. Además, hace posible una espiritualidad eucarística que recoge las esperanzas y necesidades del corazón humano. Y, desde luego, refuerza nuestra tradición de hospitalidad.

Propondría que exploráramos situaciones que se presentan en nuestro ministerio y que plantean problemas de vínculos y comunicación. En cuanto a vínculos: fidelidad conyugal y a otros compromisos, soledad de los ancianos, compromiso con una ética plena y coherente, incorporación de los oprimidos y marginados de nuestra sociedad. En cuanto a comunicación: la fuga de la comunicación mediante el alcohol y la droga, la incomunicación en los matrimonios, las familias y las comunidades locales.

La **cruz** está en el centro de nuestra historia. Mediante la sangre derramada en la cruz hemos sido salvados, y hemos recuperado la relación con Dios. La cruz simboliza la gran paradoja de la fe cristiana: la vida puede venir de la muerte; la debilidad e impotencia del sufrimiento pueden transformarse en fortaleza; el instrumento del oprobio puede convertirse en el trono de la gloria divina. La cruz, como altar del sacrificio del Hijo, une la tierra y el cielo y señala la derrota de la muerte mediante la muerte de una persona.

La sangre es, desde luego, el primer símbolo de esa muerte. La sangre de Cristo, en la que se alojaba la misma vida divina, se derrama totalmente en ese acto de violencia. Pero de la sangre derramada ha nacido una nueva vida, la Iglesia, y la gracia perdurable por la que todos hemos sido liberados de la muerte eterna. La sangre de Cristo nos habla del sufrimiento injusto, del sacrificio y la consagración, de lo débil que supera a lo poderoso.

¿Qué puede significar una espiritualidad de la cruz para nuestra misión como Sociedad de la Preciosa Sangre? Si consideramos el ministerio de la cruz como lo central de nuestra actividad, nuestro enfoque y aporte especial a la misión de la Iglesia giraría en torno a nuestro compromiso con los que sufren. El sello de nuestro ministerio sería la atención especial prodigada a los que sufren: por enfermedades corporales, por angustias, por circunstancias que pueden controlar poco o nada, por los efectos de sus propios pecados y los de los otros. Es una espiritualidad que no consideraría el sufrimiento como algo que tiene que evitarse (como hace nuestra cultura), sino como un camino al Calvario que puede conducir a una renovación de la vida humana. Estaríamos interesados en quedarnos con la gente en su sufrimiento para ayudarla a encontrar su camino a través de él, asumiéndolo o bien transformando las circunstancias que lo provocan para lograr así una auténtica liberación.

Nuestra motivación es ésta: la sangre derramada en la cruz nos recuerda que el sufrimiento es real y, por lo general, injusto, pero también que no tiene que predominar. La sangre es una fuente de energía para sufrir, pero también el signo de la esperanza definitiva, el signo de que ningún sufrimiento dura para siempre. El ministerio de la cruz implica una confrontación con el sufrimiento, la muerte, las contradicciones de nuestra vida, pero con la confianza de que hay una realidad más grande que nos redime.

Propondría que exploráramos situaciones que se presentan en nuestro ministerio y que tienen que ver con el problema del sufrimiento. Gaspar mismo murió cuidando a los enfermos durante una peste. Acompañó al Papa al exilio y le sirvió de gran consolación en su sufrimiento. Nosotros también nos encontramos con el problema del sufrimiento en nuestro ministerio: en los que están enfermos en el cuerpo y en el espíritu, o en el que sufre el peso de los años; los incapacitados; los oprimidos por razones raciales, étnicas, u otras.

El ministerio del **cáliz** junta las dos imágenes anteriores en una forma especial. Cuando se relaciona con la Alianza, celebra la vida que recibimos por la Alianza en la sangre de Cristo. Cuando se relaciona con la cruz, se transforma en la copa bíblica del sufrimiento que Jesús vio en el Huerto de Getsemaní, la copa del sufrimiento que se ofrece a los discípulos. Cuando se alza en la eucaristía y la comparten los presentes es una invitación a recordar y dar testimonio del sufrimiento así como de la esperanza de la gloria y comunión. Como la copa apocalíptica de la ira, se derramará como un juicio sobre los injustos.

Desde luego que es la sangre la razón por la que la copa se transforma en un símbolo. La copa que se alza es un testimonio de esas realidades: la copa compartida marca nuestra participación en ellas. Es un signo de que el sufrimiento del pasado no se olvida; es un signo de la memoria y de la esperanza a las que estamos llamados; es el signo de la reivindicación de los que sufren actualmente.

¿Qué puede significar el ministerio del cáliz para nuestra misión como Sociedad de la Preciosa Sangre? Si consideramos el ministerio del cáliz como lo central de nuestra actividad, entonces nuestro enfoque y aporte especiales a la misión de la Iglesia se centrarían en nuestra solidaridad con la gente a la que servimos y con la que trabajamos: solidaridad en sus sufrimientos y en su esperanza. En esto, nuestro ministerio del cáliz nos viene no sólo a través de la ordenación sacerdotal o de la institución, sino también a través de esa solidaridad. Alzamos el cáliz no sólo en virtud de un poder divino que hemos recibido, sino porque podemos recoger y anunciar los sufrimientos y esperanzas de la comunidad que presidimos. Ofrecemos el cáliz en comunión no sólo como sacerdotes o ministros de comunión, sino también porque también nosotros bebemos de la misma copa de sufrimiento y salvación. El ministerio del cáliz es un ministerio de justicia, el ministerio de aquél que fue triturado pero que resucitó.

Nuestra motivación es ésta: la sangre derramada de Cristo muestra a nuestro Señor en su total identificación con las experiencias humanas límite. El cáliz es la forma ritual de recordar y no olvidar, de captar la paradoja de las uvas trituradas que fermentan en una nueva realidad, de participar juntos para aliviar la carga de la vida y compartir sus alegrías.

Propondría que exploráramos situaciones que se presentan en nuestro ministerio que tienen que ver con problemas de solidaridad. ¿Qué significa esto para nuestra opción por los pobres, así como para nuestro ministerio con los no tan pobres? ¿Nos distinguimos por ser personas que saben lo que sucede a nuestra gente: a los desempleados, los jóvenes, los padres de los jóvenes, los que sufren?

¿Hasta dónde llega nuestro mandato de alzar el cáliz, de compartir la copa en la comunidad a la que servimos?

Unas pocas cosas para concluir. Hay muchas otras imágenes bíblicas que podrían configurar una espiritualidad apostólica de la sangre de Cristo: el Cordero, el Sumo Sacerdote, el Siervo doliente, la viña y los sarmientos, el lagar. Pero para mí estas tres: la alianza, la cruz, el cáliz, son las más convincentes y, me parece, las más desafiantes para nuestra espiritualidad como comunidad. Las otras se pueden añadir y, desde luego, no se excluyen. Pero tenemos que comenzar por algún lado y comprometernos en alguna parte.

En segundo lugar, habréis notado que al hablar de ministerios que tendríamos que realizar como C.P.P.S. no me he puesto a clasificar los apostolados que tendríamos que mantener y los que tendríamos que dejar. Pienso que ésa es una forma equivocada de abordar la espiritualidad y la realización de la misión de nuestra Sociedad. Insistí, más bien, en ciertas *cualidades* que caracterizan nuestra labor: la formación de comunidades y el aumento de la comunicación; el compromiso con los que sufren; y la solidaridad en el sufrimiento y las esperanzas de aquéllos a quienes servimos. No he dicho que en base a esto deberíamos, por ejemplo, mantener las parroquias, pero dejar las capellanías militares; o conservar los hospitales, pero dejar las cárceles; o retener los centros de retiros, pero dejar las escuelas. Las cualidades que he esbozado como nuestras características pueden marchitarse o florecer en cualquiera de esos escenarios. Tendríamos que evaluar en ciertos casos si tenemos que seguir en tal o cual lugar; y podríamos descubrir que algunos apostolados no están en consonancia con la espiritualidad de la alianza, de la cruz y del cáliz. Pero tendríamos que concentrarnos más en la espiritualidad que nos congrega, tanto en la forma en que trabajamos como en la forma en que nos tratamos unos a otros, y después discernir los detalles de nuestra misión en ese contexto. Algo de esto habrá que hacer, pero tendría que hacerse en función de nuestra espiritualidad más que de otros criterios.

Un último punto. Conocer nuestra espiritualidad es saber mucho sobre nuestra identidad. Si estamos en armonía con una espiritualidad que, internamente, se caracteriza por el vínculo de la caridad, la hospitalidad, el interés de unos por otros (especialmente por los enfermos, los que sufren, los ancianos de nuestra Sociedad); y, externamente, por nuestro compromiso de crear comunidades y renovar la comunicación, el compromiso con los que sufren y por la justicia, estamos aportando nuestro sello característico dentro del ministerio de la Iglesia. Esto no agota todas las virtudes o ministerios cristianos ni todos los apostolados. Pero es algo válido, necesario y de gran utilidad.

Pero hablar de justicia o comunicación o solidaridad es un lenguaje más bien abstracto. La verdadera sustancia de nuestra espiritualidad consiste en nuestras historias reales que se arraciman en torno a esas imágenes de la alianza, la cruz y el cáliz. Allí se puede descubrir nuestra espiritualidad de la sangre de Cristo. Allí se derrama, se alza y se comparte.

P. Robert Schreiter, C.P.P.S., Boletín de la C.P.P.S. de Cincinnati, 1 de julio de 1985, pp. 1658-1659)